

Capítulo 32 - El punto de vista de Tianlong

Me recliné en la silla ornamentada, la cámara de negociaciones del palacio del placer zumbaba suavemente a nuestro alrededor como si supiera el juego que estábamos jugando.

El aire estaba cargado de incienso de jazmín; su aroma, probablemente, mezclado con el leve almizcle de excitación que aún persistía en la habitación desde mi "demostración" anterior.

La anciana Feng Lianhua estaba sentada frente a mí en la mesa, sus pálidos ojos azules parecían trozos de hielo, pero podía ver las grietas formándose.

Ella aferró esa sábana alrededor de su cuerpo como un escudo, sus pechos llenos tensándose contra la fina tela, sus pezones todavía duros por el calor persistente que había despertado en ella.

Detrás de mí, Mei Ling permanecía en silencio, mi primera esposa ahora, con su rostro enrojecido por una mezcla de agotamiento y orgullo silencioso, vestida con una de las túnicas de seda del palacio que abrazaba sus curvas a la perfección.





Lin Yue estaba en otra habitación, probablemente furioso, pero eso estaba bien.

Este momento fue sobre la reina de hielo frente a mí.

Aunque no esperaba que fuera virgen.

Cuando la toqué antes, sintiendo esa resistencia apretada e inquebrantable, me golpeó como un ping en el sistema.

Me imaginé que una mujer como ella (de unos treinta y tantos años, potencia del Alma Naciente) lo había perdido hace mucho tiempo, tal vez en algún ritual de secta o en una juventud salvaje, y luego se había vuelto completamente santa después de una reconstrucción corporal para mantener las apariencias.



Pero no, ella era pura como la nieve fresca, su coño goteaba como la primera inundación de una virgen.

Eso me emocionó aún más: un territorio intacto, listo para ser reclamado.

Mi polla se movió debajo de la mesa, ya medio dura ante la idea de domarla adecuadamente.

Pero los negocios primero.

Se aclaró la garganta, tratando de recuperar esa compostura gélida, su cabello negro azabache todavía estaba ligeramente despeinado por nuestra pelea.

Hablas del matrimonio como si fuera una simple transacción, Zhao Tianlong. Soy el anciano Feng Lianhua de la Secta Inmortal, no una chica de pueblo a la que se pueda intercambiar. ¿Qué te hace pensar que me uniría a un... un canalla como tú?

Me reí entre dientes, inclinándome hacia delante, mientras mi cuerpo reformado proyectaba una sombra sobre la mesa.

El legado del Dios Cachondo vibraba en mis venas, haciendo que cada palabra se sintiera como un hechizo de seducción.

Porque lo sentiste, Anciano. Ese subidón de champán: tu coño chorreando como una fuente, las paredes apretándose contra mis dedos mientras suplicabas respuestas. Lo llamaste éxtasis, ¿recuerdas? Ardiente, abrumador, como si tu cuerpo llevara años hambriento. Puedo darte eso todos los días. Pero el matrimonio significa un contrato, un vínculo. Obtienes lo que quieres de mí: poder, secretos de mi "despertar celestial", incluso un camino para superar tus obstáculos. A cambio, recibo favores. Simple.

Sus mejillas se sonrojaron levemente, pero sostuvo mi mirada, entrecerrando esos ojos pálidos.





¿Favores? Sé más específico. ¿Y qué 'deseos' crees que tengo?
No me mueven deseos bajos como sus... esposas.

Ella miró detrás de mí a Mei Ling, quien inclinó su cabeza ligeramente, todavía brillando por nuestra sesión de cultivo dual, su piel radiante de color rosa.

Sonreí, golpeando la mesa.

—Oh, conozco a los de tu tipo. Los ancianos de secta como tú anhelan avanzar: pureza de qi, avances en los reinos, técnicas prohibidas. Te has topado con un muro en el Alma Naciente Media, ¿verdad? Esa frustración en tus ojos cuando no pudiste aplastarme por completo. Cástate conmigo y, a través de nuestro vínculo de esencia, compartiré mi vitalidad. Alcanzarás el Naciente Tardío o más. ¿Duro o suave? Yo decido; quizá te inmovilice y te folle hasta el estancamiento, haciéndote gritar como antes. O despacio, provocando, prolongándolo hasta que supliques. Tu cuerpo decide cuánto lo disfrutas.



Ella se movió bajo la sábana, sus muslos presionándose uno contra el otro; capté el movimiento sutil, la forma en que sus pechos llenos subían y bajaban más rápido.

El sistema emitió un silencioso ping: [Excitación del objetivo detectada: Progreso de seducción +5 %].

Bien. Estaba enganchada, aunque su orgullo aún no lo admitiera.

—Sobreestimas tu atractivo —dijo con frialdad, pero le tembló la voz—. Un contrato implica igualdad. ¿Qué favores exigirías? ¿Secretos de secta? ¿Alianzas? ¿Mi cuerpo como juguete?

"Mujer inteligente", respondí, levantándome lentamente para rodear la mesa, mi traje negro abrazando mi cuerpo musculoso como una segunda piel.

Mei Ling observó en silencio, su lealtad al máximo del 100%: eterna, inquebrantable.

Me detuve detrás de Feng, lo suficientemente cerca para que pudiera sentir mi calor, mi mano rozando su hombro "accidentalmente".



Ella se puso rígida, pero no se apartó.

Favores como información sobre los movimientos de la Secta. Paso seguro por sus territorios. Quizás incluso usar influencias para que me convierta en discípulo, de incógnito, claro. A cambio, noches como esta.

Me incliné y le susurré algo caliente al oído.

Imagínatelo: te inclino sobre esta mesa, con los dedos metidos de nuevo en ese coño virgen, haciéndote correrte hasta que las



paredes queden pintadas. Brusco —entrándote hasta que te rompas— o suave, jugueteando con tu clítoris hasta que te hagas añicos. Tú eliges el placer; yo la intensidad.

Su respiración se entrecortó, la sábana se deslizó ligeramente para revelar la curva de su escote y sus pezones sobresalieron como invitaciones.

Ella lo apretó más fuerte, con la voz tensa.

"¿Y si me niego? ¿Saldré con mi dignidad intacta?"

Me reí suavemente, pasando un dedo por su brazo, levemente, pero suficiente para provocar una chispa: [Toque ligero: Vitalidad +5].



¿Dignidad? Ya te derramaste sobre mi mano, Anciano. ¿Ese éxtasis que sentiste? Es solo una probada. Niégate, y te preguntarás cada noche qué te perdiste. Pero claro, vete. Sin resentimientos.

Hice una pausa, volví a mi asiento y la miré fijamente.

O cástate conmigo y te destrozaré como nadie más, a diario, más profundamente que a mis otras esposas. Lo anhelarás, lo suplicarás. Tu poder se elevará, tu cuerpo cantará. ¿Trato hecho?



Ella se sentó allí, sus pálidos ojos brillaban con una guerra interna: el orgullo versus el recuerdo de ese chorro de liberación, el calor aún hirviendo en su interior.

Hablas como si el matrimonio fuera mera conveniencia. ¿Y qué hay de la lealtad? ¿Devoción? No soy juguete de nadie.

"La devoción llega con el tiempo", dije inclinándome.

Pero piensa: tu secta te ve como una herramienta, una anciana congelada, libre de 'deseos básicos'. Conmigo, serías una esposa: querida, follada sin sentido, empoderada. Favor por favor: tú obtienes un elixir revolucionario de mis reservas de palacio; yo obtengo información sobre las debilidades del Maestro de Secta. Bruto: te inmovilizo y te hago gritar. Suave: te provoco hasta que te derrites. Tú decides el favor; yo el método.



Estuvimos yendo y viniendo así durante lo que parecieron horas: ella indagando, yo contraatacando con giros creativos.

"¿Y si el favor es protección?", preguntó una vez, tanteando.
"¿Proteger un convoy de la secta?"

"Listo", respondí. "A cambio, una noche comiéndote el coño hasta que vuelvas a correrte, con mordiscos fuertes o suaves lamidas. Después, tú eliges el sabor".

Cada vez se sonrojaba más, su sábana se deslizaba más y dejaba al descubierto la curva de su cadera.

"¿Y si exijo los secretos de tu sistema?"

—Vale. Pero luego te follo en misionero, lento y profundo, haciéndote mirarme a los ojos mientras te corres. O a cuatro patas, embistiéndote hasta que te rompas. Yo decido.

Fue un baile: su ira se encendía ante las negaciones y yo le ofrecía solo lo suficiente para tentarla.

Ella era virgen, pura e intacta, lo que sólo hizo que las negociaciones fueran más candentes en mi mente.

Supuse que la habían forzado, reformado en una especie de santa reina de hielo, pero no, su coño estaba impecable, goteando con mi toque como una fruta prohibida.

Eso me emocionó más allá de las palabras; corromperla sería una obra maestra, su potencial de rango SSS haría que cada trato fuera más dulce.

Finalmente, cuando las velas se consumían, ella se levantó de repente, bien envuelta en la sábana, mirándome con ese desdén altivo, sus ojos pálidos como dagas.





Ya basta de esta farsa. No me rebajaré más. Considera tu oferta rechazada.

Ella se giró para irse, sus túnicas susurrando, pero yo me recliné con una sonrisa tranquila.

¿Dónde está mi carta de recomendación?

Se detuvo a medio paso, con el cuerpo tenso, y se giró lentamente con los ojos entrecerrados.

"¿Qué recomendación?"

Me reí entre dientes, cruzando los brazos.

"Por supuesto... para convertirse en un discípulo de la Secta Inmortal."

Su rostro se retorció con incredulidad, la sábana se deslizó lo suficiente para acariciar el borde de su pecho lleno.

¿Crees que después de esta humillación te dejaré entrar? ¿Como qué? ¿Un espía? ¿Un pervertido entre nosotros?

"Llamémoslo apalancamiento", dije suavemente.





Sentiste el poder en ese estallido de champán: tu cuerpo despertando a algo que has negado durante décadas. Cásate conmigo y será tuyo a diario. Si te niegas, correré la voz de cómo el gran Anciano Feng se corrió como una puta con solo un dedo. ¿Pero una carta de recomendación? Esa es tu salida limpia. Favor por favor: entra en la secta, y guardaré tus secretos. ¿Rudo o suave después? Si vuelves arrastrándote, yo decido.

Ella permaneció allí, temblando de rabia y de deseo tácito, con la elección colgando como una espada.

La pelota estaba en su cancha... por ahora.

